



XXII Muestra Nacional de Dramaturgia

CHILE VÓMITO

Carlos Soto

Categoría Trayectoria



PRIMERA NOCHE: TALCAHUANO.

1ª ESCENA: ÉL O LA GÉNESIS DE LA REVUELTA (A DOS VOCES)

Tomé y Talcahuano,

dos ciudades que se miran de costa a costa

solo separadas por las aguas de la Bahía de Concepción.

**En la tarde de los estertores de febrero,
en plenas vacaciones de verano,
se rompía un arbol sobre la isla Quiriquina.**

**Sonaba la bocina náutica de un buque atestado de contenedores
y retumbaba en toda la herradura el silbido de grave nostalgia.**

**Ambas ciudades vieron juntas esa tarde
en el rojizo cielo del Biobío,**

**Caer,
un objeto,
sobre los cerros.**

¡Ha caído del firmamento hacia la península de Tumbes!

¡La última esperanza de los pobres y oprimidos!

**La única cosa que se cree podrá disolver la cautivada retina consumidora de monitores
y devolver así, la conciencia de lo que es suyo a los trabajadores.**

**Su tarea había comenzado.
Algo ya estaba pasando en el Biobío.**

¡Se sentía en el agua!

el río corría más lento y en las mañanas la densa bruma con la que despertaban los puertos



estaba más pesada, más cargada.

Los rayos del sol no rebotaban en ella igual que antes,

El agua había perdido su albedo.

¿Qué había perdido el agua?

Su albedo. La radiación que cualquier superficie refleja,

lo que nos llega realmente de ella a nuestros ojos.

Había perdido su luz.

Poco tiempo pasó para que el agua cambiara.

Poco tiempo porque la hicimos cambiar.

Y con ello el río, la bruma y el Biobío mismo.

¿Qué somos ahora entonces?

Los cambiantes, que cambian cosas,

que dibujan en los cerros poblaciones enteras,

en las costas, industrias acereras.

Y en los mares, barcazas colosales.

Algo cayó en el puerto de Talcahuano.

Un mensaje de las estrellas.

¿Qué historia de la biblia ocurre en Chile?

¿Qué pasaje épico describe la caída o el nacimiento de uno de sus habitantes?

¿Cómo alguien puede atreverse a escribir algo sagrado que acontezca en esta franja de tierra tan precaria de ancho y tan provista de cambios en su extensión?

¡Aquí, se narra el apocalipsis de Chile!

y su nuevo/a génesis

junto al cauce del río Biobío.

Junto a su creciente, a su desembocadura.

Una epopeya de la geografía.



Una epopeya de la provincia.

Génesis, es una palabra masculina y femenina. Puede ser el o la.

¿Cuál es el género de los cambios radicales, de las epopeyas?

¿Cuánto se demoran? Sin Allende.

¿Tarda más tiempo en caer una montaña, un país o un sistema de clases?

Alcanzamos a ver tan poco. No me refiero a Allende.

Me refiero a la vida y sus formas. Alcanzamos a ver poco de una época.

Y lo que vemos está codificado.

Reseteemos todo.

**Resetear,
una génesis nueva.**

Un nuevo génesis.

Algo cayó en Talcahuano.

Algo cayó.

Algo que no se rige por períodos de cuatro años.

Que no muere como muere un dictador.

Algo que sabe lo que es justo y que nos conmociona en la injusticia.

¿Hacia dónde avanzan las democracias?

Al abismo de lo inútil.

Desprovistas de espiritualidad.

Cegadas a largo plazo.

Algo cayó en Talcahuano.

Génesis de una revuelta.

De una nueva.

De una a la que se le puede rezar.



**Tiempo a los pobres.
Espacio a la periferia.**

2ª ESCENA: EL ÉXODO DE LOS CERROS

En la nueva comisaría de los cerros de Talcahuano es medianoche. Javiera tiene un vaso de agua frente a ella; lo mira fijamente, respira hondo y toma un sorbo. Ese trago le devuelve el habla y la obliga a volver a su foco principal: el sargento Leiva, que la observa con los ojos clavados en el rostro, esperando a que termine de beber y se relaje de una vez.

JAVIERA.- Ayer pasé tres horas en instagram. Antes de ayer dos y media. Lo sé porque tengo activado que me diga cuando pasan 15 minutos para cerrarlo y apague la notificación doce veces. Me estoy perdiendo de mucho. Yo sé... Igual cuando salgo siempre es a los mismos lugares de mierda. La misma disco que va en decadencia. Intento a veces ir a correr a la laguna grande, pero no soy constante. No es mi vida no más. Talcahuano queda muy lejos de todo.

S. LEIVA.- No queda lejos del mar.

JAVIERA.- No, no queda lejos, pero te encargo el pedazo de industria que hay entremedio. Además, a estas alturas ya es normal.

S. LEIVA.- ¿Qué cosa?

JAVIERA.- Pasar horas en el celular para calmarse, para no pensar en todo. Al final son como ocho o nueve años de tu vida. Mirando videos de los que no te vas a acordar después. ¿Usted pasa mucho rato mirando su... ?

S. LEIVA.- (*interrumpe*) Señorita...

JAVIERA.- ¿Usted puede cambiarse de trabajo?

S. LEIVA.- (*cambia de tema*) Mire, le explico el procedimiento.

JAVIERA.- Yo sé el procedimiento, lo estoy estudiando en la universidad. No tiene que decírmelo. En cambio, tengo muchas ganas de saber si usted, en el fondo de su corazón, quiere cambiarse de trabajo. Porque parece que sí.



S. LEIVA.- No sé a qué está jugando. Pero, si usted estudia derecho, entonces con mayor razón debe ayudarme para que esto sea expedito. No me desvíe para otros lados la conversación.

JAVIERA.- ¿Le puedo decir algo? Usted me va a decir que era un mandado no más, pero si el 2019 ustedes hubieran estado de nuestro lado, hubiéramos ganado.

El sargento Leiva quedó atónito. De todas las cosas que le habían dicho por el estallido social, esa era la primera vez que lo consideraban un posible aliado.

S. LEIVA.- Volvamos con lo de su hermano.

JAVIERA.- También estudié los derechos que tiene mi hermano y sé que ustedes lo han tenido retenido demasiado rato ya.

S. LEIVA.- ¿En qué año va?

JAVIERA.- Que le importa.

S. LEIVA.- Lo mismo digo sobre si me quiero cambiar de trabajo o no.

JAVIERA.- Pasé a segundo.

S. LEIVA.- Ok.

Leiva la mira con ojos misericordiosos, con una expresión en el rostro de “cosita”, pero ella, hábilmente, oculta el mínimo de vergüenza tomando un trago de agua.

S. LEIVA.- Su hermano no puede andar así por la calle.

JAVIERA.- ¡¿Quién dice?! ¿La moral y las buenas costumbres?

S. LEIVA.- Hace días que venimos recibiendo llamadas de la Villa San Marco, de Higueras y de la Huachicoop, de que de los cerros están bajando varios hombres molestando a los que pasan.

JAVIERA.- ¿Y qué tiene eso? Ve cómo es... cuando le conviene. Yo no veo que anden deteniendo a los testigos de Jehová y esos son montones cuando bajan de los cerros.

S. LEIVA.- Los testigos de Jehova no van pregonando la insurrección por las calles, no le andan diciendo a la gente que lo deje todo y que se sume a una revolución que no existe.

JAVIERA.- ¡¿No? ¿No lo hacen?! ¿Está seguro? No sé a qué testigo de Jehová conoce usted.



S. LEIVA.- Conozco. Talcahuano es una de las comunas con más evangélicos, con más testigos de Jehová, con más del ejército evangélico, de adventistas del séptimo día, metodista pentecostal, bautistas... podría seguir. Lo conozco todo, lo he visto muchas veces y esto que hace su hermano no se parece a nada. Señorita, le tiraron un balde de agua.

JAVIERA.- Porque mi hermano no promete la vida eterna ni el paraíso en otro lado que no sea acá.

S. LEIVA.- Que se haga político entonces. Pero además, su hermano no anda vestido como evangélico, anda vestido como...

JAVIERA.- ¿Cómo qué?

El sargento Leiva se queda callado. Javiera siente su debilidad y la explota.

JAVIERA.- ¿Cómo qué? ¿Cómo weko?

El sargento Leiva continúa en silencio.

JAVIERA.- ¿Cómo weko, eso querías decir? Te molestan los petos. Te molesta la ropa ajustada. Te molesta que se vea la raja si no es mina. Te molesta la raja que no puedes identificar con tu mente binaria.

S. LEIVA.- No, señorita. Aquí no tenemos problemas con eso. Solo es un consejo, si su hermano se pone a hablar de lo que habla, vestido como se viste y todo de rojo, es obvio que la gente que no es de su lado va a reclamar.

JAVIERA.- Usted anda todo vestido de verde y nadie le dice nada. Capaz que también sea fleto y nadie lo webea y le apuesto que con esos pantalones también se le marca la raja.

S. LEIVA.- Le voy a pedir...

JAVIERA.- (interrumpe) ¿Qué me va a pedir? ¿Que me calle? ¿Que no diga lo que pienso? Ya le dije, yo sé los derechos de mi hermano y sé los míos y usted no me puede sacar de aquí sin darme más información.

S. LEIVA.- (molesto) ¡En tres horas más vamos a soltar a su hermano! ¡Si quiere mándese su dosis diaria de instagram hasta ese momento!



Javiera jadeó y se paralizó. Algo personal que ella había compartido con el sargento Leiva había sido utilizado para atacarla, quería llorar un poco, lanzarse encima de él a rasguñarlo, pero las manos de la joven estudiante de derecho empezaron a tiritar.

JAVIERA.- Desclasado culiao.

Un dolor punzante atacó al carabinero. El autocontrol del sargento Leiva había sido puesto muchas veces en juego, sobre todo en una comuna puerto. Servil y paciente, su resistencia a las provocaciones era legendaria desde que estaba en la escuela de suboficiales. Forjado por la disciplina pesquera de su padre y el rigor del amasado de panadero de su madre. Leiva era un habitante de los cerros de Talcahuano que había aprendido desde muy pequeño la represión de sí mismo.

S. LEIVA.- A mí me hubiera gustado estudiar derecho, pero no me dio el puntaje. Después me dijeron que lo hiciera cuando ya era carabinero, pero no me daba el tiempo. Tú debes pensar que nosotros... somos... potenciales asesinos. Pero, ¿sabes? Yo lo único que quiero es llegar a mi casa. Tengo a mi mamá postrada, a mi papá con principios de alzhéimer. Y aquí estoy: desclasado, como tú dices. Capaz que también sea hueco no tengo por qué decírtelo. Aquí estoy. Ayudando a tu vecina cuando el marido se cura y le quiere sacar la chucha. O tu amiga que la asaltaron las gárgolas que andan en el centro. O a ti misma, si cualquier desconocido quiere hacerte daño. Aquí estoy, la yuta.

JAVIERA.- Perdón. Me pasé. No soy una idiota. Perdón. Me dio rabia no más.

S. LEIVA.- Perdonada.

JAVIERA.- Es usted un paco bueno. Pero si entonces es tan consciente y tanto entiende que es lo justo, suelte a mi hermano. No lo deje lejos de su familia por algo que no vale la pena. Estas tres horas más no le van a hacer cambiar en nada su forma de pensar. Él es así, como todos esos evangélicos son así. No es un fanático, es una persona de fe.

Las paredes de madera de la comisaría crujen todas a la vez, es el frío que está entrando a Talcahuano. El sargento Leiva piensa un segundo. Javiera vuelve a tomar agua. Entra el cabo Sepúlveda.

S. LEIVA.- Espéreme aquí por favor. **(Al cabo)** Sepúlveda atiende a la señorita mientras vuelvo.

El sargento Leiva se va de la habitación. El cabo rehuye la mirada de Javiera nervioso.



JAVIERA.- ¿Quiere un vaso de agua?

Lo siguiente ocurre en otro cuarto. Las tablas se humedecen bajo una lluvia tenue, un meado de gato que moja, pero no empapa. A espaldas de la comisaría, los cerros y su vegetación beben de los vientos húmedos. La geografía peninsular está sedienta.

Matías, el hermano de Javiera, mira la luna que se ve por una ventana. Viste de pies a cabeza un atuendo rojo, apretado, completamente mojado, estilando agua. Su cuerpo desprende una sensualidad femenina; su gesto, en cambio, es masculino, una mezcla capaz de revolver la mente de cualquier conservador que lo mire. Tiene su celular en la mano. Manda un audio.

MATÍAS.- Ya voy a salir mami. Si estos culiaos no me pueden tener tanto rato. ¿La Javiera iba a venir? Todavía no la he visto.

Entra el sargento Leiva. Mira a Matías directo a los ojos, como si se negara a bajar la vista, porque algo en esa ropa ajustada lo inquieta, aunque ni él mismo sabría decir qué. Una mezcla de excitación y odio pugna bajo su legendario autocontrol. El carabinero piensa que debe ser esa ropa lujuriosa de la capital, esa que invita los ojos hacia el cuerpo y que rara vez se ve en los cerros de Talcahuano.

S. LEIVA.- ¿Todavía usted no se seca?

MATÍAS.- Tengo mojado el potito sargento.

S. LEIVA.- (ignorándolo) Lo vamos a soltar solo porque su hermana está afuera y no puede estar tranquila.

MATÍAS.- Usted es él que está demasiado tranquilo.

Matías se acerca, serpenteante, sin caer nunca en el más mínimo acoso, pero lo suficientemente provocador como para poner al sargento Leiva nervioso.

S. LEIVA.- Tiene que ponerse algo porque está garuando afuera.

MATÍAS.- ¿Por qué me mira tanto los ojos? Habiendo tanto más que mirar. A usted sargento le pasan los años por encima y no se da cuenta de que se le está yendo la vida defendiendo a esos perros que tienen toda la plata.



S. LEIVA.- Tiene que cortarla oiga, si usted sigue gritando eso en la calle, y vestido como va vestido, lo van a meter de nuevo para acá dentro. O peor, la misma gente le puede sacar la chucha.

MATÍAS.- Que lo hagan po. Si la gente está tan dormida que ve la guerra, la desigualdad y el horror por sus pantallas y no hace nada. Que por último ver un maricón pobre en vivo, gritándoles en la cara que les remueva algo. Además usted lo vió, no ando solo. Somos varios los wekeres de los cerros.

S. LEIVA.- La gente no piensa tanto, a veces la rabia saca lo peor.

MATÍAS.- Únase po mi sargento. Abandónelo todo usted.

S. LEIVA.- Ya no hablé weas. Te estoy hablando en serio.

MATÍAS.- Sabe sargento... algo cayó en los cerros de Talcahuano.

S. LEIVA.- Que bueno. Anda saliendo mejor. No quiero escuchar más tu prédica.

MATÍAS.- Le estoy hablando en serio.

S. LEIVA.- No me estai escuchando.

MATÍAS.- No le gusta su vida culiá. Tiene que sentirlo, ya nadie aguanta realmente. A usted lo tienen contratado pa eso, pa aguantar todos los desastres que nosotros los pobres les hacemos. Pero ellos están en sus condominios cagados de la risa... ¿Por qué no viene conmigo a ver lo que cayó?

La mirada y el tono de Matías se vuelve más penetrante, incluso el sargento Leiva retrocede un poco de puro instinto, y rápidamente vuelve a tomar control del diálogo.

S. LEIVA.- Corta tu weá y sale. Antes que me arrepienta.

MATÍAS.- ¿Sabe usted sargento, cuántas horas pasa en instagram?

S. LEIVA.- ¿Qué? ¿Se pusieron de acuerdo pa wearme?

MATÍAS.- No es webeo. Le apuesto que pasa entre dos y tres horas.

S. LEIVA.- ¿Y qué te importa weón? ¿Qué te importa a vo cuanto paso en la weá? ¿Qué te importa que los weones estén cagados de la risa en sus condominios? Así es la weá. Fue. Sale.



MATÍAS.- Me importa porque necesitamos que los que tienen las armas y sirven a los ricos, las suelten y se den cuenta quiénes son sus enemigos. Por ustedes falló la última revuelta.

Matías se acerca al sargento que por primera vez deja de mirarlo a los ojos. La mirada de Leiva recorre las curvas del cuerpo del chico que el atuendo rojo deja entre ver, y cuando la mirada del carabinero vuelve a cruzarse con la de Matías, el rubor lo embarga. Un silencio íntimo se transforma en incomodidad para el uniformado que solo se atreve a sacar la reacción más útil para huir de sus pensamientos.

S. LEIVA.- Sale mierda de una vez, si no te vai a quedar adentro weón y no por maricón, sino por weón, porque ya te he dicho varias veces.

MATÍAS.- Yo no funciono con las mismas normas que el resto de los que te llevai en cana.

S. LEIVA.- ¡Quédate adentro entonces si tanto querí!

El sargento Leiva cierra la celda, sin antes pegarle una última mirada de arriba abajo a Matías.

MATÍAS.- (le grita desde la celda) ¡Una vez pille un paco en grindr. No tenía foto y me pedía que le hablara sucio, que yo fuera su putita! ¿No será usted mi sargento?

Leiva vuelve a la oficina en la que solo se encuentra el cabo Sepúlveda que tiene un vaso de agua frente a él.

S. LEIVA.- ¿Y la niña que estaba aquí?

C. SEPÚLVEDA.- Se fue recién mi sargento.

S. LEIVA.- Va a volver. ¿Hablaste con ella?

C. SEPÚLVEDA.- Un poco no más

S. LEIVA.- ¿Qué te dijo?

C. SEPÚLVEDA.- (titubeante) No, nada.

S. LEIVA.- El hermano no quiso irse... ¿Te pasa algo?

C. SEPÚLVEDA.- No mi sargento.

S. LEIVA.- ¿No hay nadie más?



C. SEPÚLVEDA.- No.

S. LEIVA.- ¿No tienes que hacer?

C. SEPÚLVEDA.- Sí tengo mi sargento.

El Cabo Sepúlveda revisa un papeleo disimulando que observa detenidamente las acciones del sargento.

S. LEIVA.- Noche culia weón. Esto de la secta de maricones son un cacho. Porque además no se les puede decir nada. ¡Así que ten cuidado de lo que le decí al weón de adentro!

Leiva toma su celular y al abrir instagram suena un viral muy conocido. El sargento reacciona disimulando su vergüenza y guarda el celular.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Está viendo instagram? mi sargento.

S. LEIVA.- No. Se me abrió. Estaba respondiendo un mensaje. **(Cambia la conversación)** Oye Sepúlveda, ¿y qué pensai tú de lo que dijo la hermana del weko?

C. SEPÚLVEDA.- Que sí es verdad. Yo paso como dos horas al día en instagram.

S. LEIVA.- No te estoy preguntando eso.

C. SEPÚLVEDA.- Ay, no sé entonces. Me confundí. ¿Qué me está preguntando?

S. LEIVA.- Esa weá de que nosotros cagamos el estallido... ¿Qué estabai haciendo tú en ese tiempo? Porque no estabai aún en la Escar.

C. SEPÚLVEDA.- Estaba haciendo preu.

S. LEIVA.- ¿Diste la psu pal estallido? Chuu.

C. SEPÚLVEDA.- Sí. Me tocó en el liceo A-21.

S. LEIVA.- (irónico) De ahí salen un montón de puntajes nacionales.

El sargento Leiva ríe, pero a Sepúlveda no le da gracia. En la incomodidad toma un trago del vaso de agua que tienen enfrente. Leiva se da cuenta de la poca gracia de su broma.

S. LEIVA.- Yo estudié ahí, en el glorioso liceo A-21 de Talcahuano. Ya, pero y ¿pasó algo?



C. SEPÚLVEDA.- Estuvo brígido, una tremenda protesta afuera. Mientras estaba haciendo la prueba se escuchaban gritos y en un momento se escuchó a alguien que yo creo que era el papá de alguno de los que estaba dando la prueba.

S. LEIVA.- ¿Qué dijo?

C. SEPÚLVEDA.- Gritaba (*actúa el momento*) ¡Paren por favor! ¡Se los suplico! ¡Se los suplico, se los ruego, péguenme a mí si quieren, péguenme si quieren, pero dejen a mi hija, déjenla rendir su prueba tranquila, por favor! ¡Tengan piedad! ¡Tanto que estudió! ¡Tengan piedad con los que estudian! ¡Tengan piedad por los que quieren surgir en esta vida de mierda!

S. LEIVA.- Chucha, duro. Oye que actuai bien.

C. SEPÚLVEDA.- Es que me acuerdo porque me emocioné mucho en ese momento. Me puse a llorar. Y otros también en la sala se pusieron a llorar. Incluso el que estaba tomando la prueba. Nos quebramos. El orientador de mi liceo decía que cuando uno se emociona genera memoria.

S. LEIVA.- Dímelo a mí, que no me puedo olvidar de las veces que he tenido que informarle a mamás que sus hijos están muertos.

El silencio que había generado Leiva y Sepúlveda era respetuoso con tamaño dolor, y de pronto fue interrumpido con la lluvia que comenzó a caer sobre el tejado de zinc de la comisaría.

C. SEPÚLVEDA.- Eso es lo que me gusta de ser carabinero, que cada tanto te llaman para hacer algo que no vas a olvidar.

S. LEIVA.- No digai weás. La mayoría son puras weás horribles. Si la gente supiera. Ni siquiera me refiero a los homicidios, pero ¿cuánta violencia familiar vemos?, ¿cuántas veces no hemos tenido que ir a parar a un hijo que está con un cuchillo defendiéndose de su papá? ¿Cuánta violación, cuánto incesto y cuántas de las perversiones más horribles no hemos tenido que detener?

C. SEPÚLVEDA.- (*con vehemencia*) ¡Pero por último es real!

S. LEIVA.- (*ofuscado*) ¡Sí, pero dime que erí carabinero porque te gusta ayudar a la gente! ¡No porque querí recordar las weás que tenemos que ver!



C. SEPÚLVEDA.- Es que esa es mi vida sargento. Nunca me acuerdo de nada. Me fue como el pico en la psu, porque no me acordaba de nada de lo que vi en el liceo. Tampoco me acordaba de lo que vi en el preu.

S. LEIVA.- (aún molesto) Ya, pero esa weá es una enfermedad. Tení que ir a verte, ¿Cómo vai a querer recordar horrores weón? Esa weá es porque algo le pasó a tu mamá en el embarazo, una weá así.

C. SEPÚLVEDA.- No... o sea, no sé. No creo, mi mamá siempre fue muy nada. Trabajaba caleta, y no se juntaba con nadie, solo conmigo, y no me dejaba salir afuera, pa que no me contaminara con la gente del cerro. Así que me dejaba una tablet que le dieron gratis.

S. LEIVA.- ¿Gratis? Se ganó un premio.

C. SEPÚLVEDA.- No, venía gratis con un crédito que pidió.

S. LEIVA.- No era gratis entonces po. Esa weá te fundió el cerebro. La tablet.

C. SEPÚLVEDA.- A veces paso horas scrolleando, me río un poco del porrazo que se dio alguien o *(se avergüenza y se calla)* ...

S. LEIVA.- ¿O qué? Dime si estamos en confianza.

C. SEPÚLVEDA.- Me caliento con el cuerpo de una mina que nunca voy a conocer, que ni cagando vive en Talcahuano.

S. LEIVA.- ¿Veí mucho porno?

C. SEPÚLVEDA.- Sí.

S. LEIVA.- No po, mi chiquillo. Tiene que dejar esa weá. Búsquese una niña mejor, alguien que lo quiera.

C. SEPÚLVEDA.- ¡¿Cómo?! ¡Míreme! ¿Quién va a querer salir conmigo? Soy el estereotipo del paco guatón.

S. LEIVA.- Pero eri joven aún weón. No tení ni 25 años. Todavía podía hacer un montón de cambios en tu vida.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Usted los hizo?... ¿Usted tiene polola sargento?



S. LEIVA.- Ahora no tengo, pero, porque no quiero. Toy feliz. Disfrutando la soltería, cuido a mis viejos, y juego a la pelota los domingos.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Y esa es la vida?

S. LEIVA.- La mía sí. ¿Qué querías tú?

El cabo no responde y solo mira el vaso de agua que tiene enfrente. Leiva, que recién cumplió los 40 años, se acerca a él y posa su mano en el hombro de su subordinado. En ese momento Sepúlveda baja la mirada y solloza un poco.

S. LEIVA.- ¡Vamos arriba, Sepúlveda! ¿Querí viajar? ¿Querí comerte una rubia? Métete a un gimnasio, ahorra plata. Si la weá no es tan difícil, está en el puro querer.

Leiva palmotea la espalda del cabo, pero este se levanta y se aleja. El sargento insiste en ayudarlo, esta vez le acerca el vaso de agua, Sepúlveda lo acepta y lo bebe completamente.

S. LEIVA.- Bueno, a veces no es puro querer. A veces se hace lo que se puede, pero hay que ser agradecido, siempre se puede estar peor.

C. SEPÚLVEDA.- Sí, sí igual soy agradecido, mi sargento. Podría haber nacido en un país en guerra y que una bomba destruyera mi casa y matara a mi familia, y que en vez de que me preocupe mi sobrepeso para poder tirar con alguien, me preocupara de si tengo para comer o de no poder dormir pensando en que va a caer algo sobre mí.

S. LEIVA.- Toda la razón.

C. SEPÚLVEDA.- Pero también podría haber nacido en Estados Unidos, mi sargento, y haber sido deportista. Haber tenido una adolescencia llena de amigos, jugando en los parques del vecindario, y, después de la escuela, haberme ido a una universidad que parece un castillo. Y haberme casado con mi mejor amiga de toda la vida. Y tener una parejita de bebés. Pero, en vez de eso, soy un paco virgen de Talcahuano.

S. LEIVA.- ¡Pero eso es una película po Sepúlveda!

C. SEPÚLVEDA.- ¡No es cierto! ¡No es cierto! De verdad hay gente así. Gente que la pasa bien siempre. Que siempre fueron bonitos y ricos. Que culean siempre. Y sus hijos también son bonitos y ricos. Y tienen piscina y tremendos autos.



S. LEIVA.- ¿A dónde viste eso? ¿En instagram?

C. SEPÚLVEDA.- En tik tok. Sigo a un montón que son así.

S. LEIVA.- Yapó, eso es lo que la gente muestra no más, pero obvio que también la pasan mal. Además, esa gente es súper poca.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Qué tan poca mi sargento?

S. LEIVA.- No sé, pero poca.

C. SEPÚLVEDA.- Son millones mi sargento.

S. LEIVA.- Pero hay mucha más gente que no vive así. Mucha más. Fuiste poco afortunado, pero todo los fuimos en comparación a alguien.

El cabo vuelve a alejarse de Leiva. Parece debatirse en silencio. La tensión se espesa tanto que el sargento piensa en agregar algo más a la conversación, algo que lo tranquilice.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Quién es el culpable de que yo haya vivido mi infancia y mi adolescencia encerrado porque afuera de mi casa vendían pasta? ¿Quién es el responsable de que mi vida sea trabajar conteniendo a las gárgolas de los cerros, pa después llegar a mi casa y ver dos o tres horas de reels de los que después no me acuerdo nada? *(se quiebra)* ¿Quién es el culpable de este vacío tan grande que siento, mi sargento?! Un día, en algún procedimiento me va a llegar una bala y me voy a morir. ¡Y me voy a morir sin recordar nada! ¡Me voy a morir recordando una paja frente a una pantalla! ¡Me voy a morir acordándome de un gringo que sigo, de la envidia que le tengo, de la sensación de que quisiera tener su vida!

El sargento Leiva no sabe qué responderle. Se le han agotado las estrategias, pero Sepúlveda no ha terminado su desahogo y vuelve a mirar al sargento.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Quién es el responsable?

S. LEIVA.- No sé.

C. SEPÚLVEDA.- Busquémoslo mi sargento, metámoslo preso por este dolor que me provoca.

S. LEIVA.- No hay. No hay responsable. Así son las cosas.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Quién es el responsable de que las cosas sean así?



S. LEIVA.- No hay. Así son no más.

C. SEPÚLVEDA.- No me mienta. Alguien tiene que hacerse cargo, porque no soy solo yo el afectado. Hay millones como yo, usted lo dijo. Metidos en casuchas del tercer mundo, detrás de una pantalla. Perdiendo la vida. Adictos al contenido que producen los ricos.

S. LEIVA.- ¿Qué te pasa Sepúlveda?... ¿Esto te dijo la niña acaso?

C. SEPÚLVEDA.- ¿Por qué dice eso?

S. LEIVA.- Porque claramente estas no son palabras tuyas.

C. SEPÚLVEDA.- Usted sabe mi sargento, yo no entiendo nada bien. No sé nada.

S. LEIVA.- Sabe lo que es ser carabinero cabo.

C. SEPÚLVEDA.- ¡No! ¡No lo sé! ... no lo sé ¿A quién estoy defendiendo realmente?

S. LEIVA.- Al inocente.

C. SEPÚLVEDA.- Eso le dije yo a ella. Pero los ricos no son nada inocentes.

S. LEIVA.- ¡A esa cabra le lavaron el cerebro en la universidad! Se cree todas las mentiras del comunismo, pero no le ha trabajado un día a nadie.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Y nosotros?

S. LEIVA.- Trabajamos todos los días.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Somos trabajadores?

S. LEIVA.- Somos uniformados.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Los uniformados somos trabajadores?

S. LEIVA.- Bueno...¿Qué quieres saber?... No nos regimos por el código del trabajo, pero podría decirse que sí somos...

C. SEPÚLVEDA.- (interrumpe) ¡No somos trabajadores! ¡No nos regimos por el código del trabajo!

S. LEIVA.- ¡¿Qué importa eso?!



El cabo Sepúlveda se descompensa y cae al suelo tiritando. Leiva intenta tranquilizarlo, pero los escalofríos del cabo recorren todo su cuerpo. Leiva le logra guiar el pulso de su respiración.

S. LEIVA.- Respira... eso... respira. Tranquilo Sepúlveda. Yo creo que lo mejor es que te vayas a tu casa. Me estás preocupando mucho cabrito.

C. SEPÚLVEDA.- *(sin escuchar a Leiva)* Eso me dijo ella, que no éramos trabajadores.

S. LEIVA.- Te aseguro que tú has trabajado mucho más que esa pendeja.

C. SEPÚLVEDA.- *(en una especie de delirio)* ¿qué pasaría si de un día pa otro borráramos todo el dinero sargento? Así, como si nunca hubiera existido. Igual habría que seguir viviendo.

S. LEIVA.- Sepúlveda, váyase para la casa mejor.

C. SEPÚLVEDA.- *(Sigue sin escucharlo, y continúa.)* Quedaría la cagá al principio, pero después igual habría que sembrar, pescar, cocinar, manejar micros, levantar fierros, limpiar calles. Y en ese momento quedaría claro quién sostiene el mundo. Porque la riqueza inmediata la hacen los que trabajan con las manos, con la cabeza, con el cuerpo entero. Los que sudan, los que inventan, los que arreglan lo que se rompe. Esa es la única riqueza que existe de verdad: la de las acciones. La otra riqueza, la de los millonarios, es una ficción, una obra de teatro en la que todos actuamos. Ellos son dueños. Casi todos heredaron, pero no producen nada. No mueven un dedo. Su capital es humo disfrazado de logística. Y entonces, mi sargento, me pregunto... ¿Qué somos nosotros, los carabineros? Si no somos trabajadores, porque no producimos pan, ni barcos, ni casas. No somos empresarios, porque no heredamos capital ni vivimos de rentas. Somos uniformados. Somos un cuerpo que garantiza que la obra injusta suceda. Estamos entre los que trabajan y los que mandan. No generamos riqueza. La custodiamos. La hacemos existir. La ratificamos como relato.

S. LEIVA.- ¿La ratificamos como qué? Alguien te está diciendo que digas esto ¿Cómo es posible que de repente hables de esta forma?

C. SEPÚLVEDA.- Algo cayó en el puerto de Talcahuano.

Cabo Sepúlveda saca su arma de servicio y apunta al Sargento Leiva que solo atina a ponerse de pie.



S. LEIVA.- ¿Qué está haciendo Sepúlveda? Baje el arma.

C. SEPÚLVEDA.- No se mueva mi sargento. Lo que usted está presenciando es el quiebre de la estructura, una traición necesaria para la revolución.

S. LEIVA.- ¡Ponga orden a su cabeza cabo! ¡¿Qué mierda está hablando?!!

C. SEPÚLVEDA.- Algo cayó en el Biobío. Había que acelerar los procesos, era necesario que intervinieran desde las estrellas.

S. LEIVA.- Sepúlveda, usted es un carabinero de Chile. Entre en razón.

C. SEPÚLVEDA.- ¿Cuántas veces más nos vamos a encontrar con homicidios y violaciones entre los que se aman, mi sargento? ¿Cuántas veces más vamos a volver a ver cómo un montón de niños de los cerros caen en la pasta? ¿Y qué hacemos nosotros? Esperamos a que sean adolescentes, jóvenes, y los detenemos, los apaleamos y los mandamos en cana. Pero eso no significa que en los cerros dejen de nacer y de doler. Eso no es entrar en razón.

S. LEIVA.- ¿Qué es esto? ¡Sepúlveda, reaccione carajo! Usted es un funcionario honorable, un buen servidor de Chile.

C. SEPÚLVEDA.- ¡Chile! ¡Por Chile se ha matado, por Chile se mantienen todas estas desigualdades que nos tienen en la mierda! ¡Los ricos de Chile tiraron todas sus industrias en este territorio! ¡Yo nunca me he bañado en una playa de Talcahuano, teniéndola a 5 minutos! Y después, ¡Nos chupan la vida con el contenido que nos muestran por las redes sociales! ¡Nos esclavizan vendiéndole nuestro tiempo a los oligarcas! ¡Al suelo sargento! ¡Al suelo mierda!

Leiva se arrodilla con las manos en alto, pero no le quita la mirada a Sepúlveda.

S. LEIVA.- ¿Oligarcas? Esa palabra es puro humo de los comunistas. Chile salió adelante gracias a los empresarios. ¡Sepúlveda date cuenta de que estos weones están buscando un estallido 2!

Un ápice de duda apareció en el rostro de Sepúlveda, pues, a pesar de que aún no era carabinero, no estuvo de acuerdo con el estallido, lo miró con distancia desde su casa en los cerros. Supo de los saqueos a los supermercados, mientras su propia madre trabajaba en uno. Temió por su vida. El sargento vio la duda en sus ojos e intentó una última vez.



S. LEIVA.- ¡Escúchame! ¡Escúchame realmente! Yo te respeto; me atrevería a decir que hasta te quiero, Sepúlveda, weón, porque te vi desde que llegaste, como un pollo. Y por eso mismo te digo: ¡no te quemí la vida, mijo! ¡No te la quemí! No sé qué te habrán prometido estos, pero, si sigues, cuando salgai de aquí vai a tener que enfrentar a la justicia. Yo puedo ayudarte ahora, pero tení que guardar tu arma ya.

Una luz poderosa encandila la habitación. Del traje empapado de Matías aún cae agua, y ese goteo es lo primero que se oye. Entra junto a su hermana Javiera, y ambos irrumpen con una presencia poderosa que transforma la tensión del lugar en un misterio más afable, casi tierno. Traen un estado emocional muy distinto del que les habíamos visto: el peso de sus respiraciones parece abrir paso solo a palabras dulces, aunque enteramente sacralizadas. Sus ojos casi no parpadean, pero sonríen, y sus miradas son tan penetrantes que pareciera que algo de su identidad hubiera sido retirado y reemplazado por la figura benévola de un apóstol o de un ángel dispuesto a conducir a los perdidos hacia su maestro.

JAVIERA.- Marcelo Leiva, algo cayó en el puerto de Talcahuano.

MATÍAS.- Un mensaje del cielo.

C. SEPÚLVEDA.- Sargento, escúchelos.

S. LEIVA.- ¡¿Me estás apuntando con una pistola y quieres que escuche weón?!

C. SEPÚLVEDA.- ¿Promete no hacer ninguna tontera?

S. LEIVA.- ¡No te voy a prometer nada weón!

El cabo Sepúlveda mira a Javiera y Matías que no han despegado sus ojos de Leiva.

JAVIERA.- Tú has sido escogido para continuar la aceleración de un proceso que lleva ya muchas idas y vueltas.

MATÍAS.- No nos tengas miedo, somos como tú.

S. LEIVA.- ¡No son como yo, ni cagando son como yo!

C. SEPÚLVEDA.- Son de su misma clase sargento, a eso se refieren. Somos los cuatro del mismo Talcahuano puerto.



S. LEIVA.- ¿Somos? ¿Tan rápido te vendiste Sepúlveda?

Javiera se acerca lentamente al sargento Leiva, y pareciera que todo lo que los rodea desaparece. Incluso Sepúlveda y Matías quedan ocultos por una oscuridad que se opone a la figura clara de Javiera. ¿Puede un ser humano actuar la divinidad? ¿Qué sería hacerlo? ¿Está en un tiempo particular del decir, del caminar? Javiera logra dar cuenta de una iluminación espiritual poderosa, comprensiva y, por sobre todo, cálida, acogedora y verdadera. Una oposición completa a las identidades replicadas que se transmiten por redes sociales.

S. LEIVA.- ¡No te acerques mierda!

JAVIERA.- No me tengas miedo.

S. LEIVA.- ¡A vo no te tengo miedo, carajo!

El sargento Marcelo Leiva fue superado por una figura para la cual solo podía encontrar un referente similar: a Leiva le parecía que estaba viviendo la aparición de una virgen, pero una terrible, que predicaba una fe que para él no era cierta y que escondía los deseos corruptos de sus practicantes. La desconfianza le quebró el autocontrol. El sargento desenfundó su arma, la empuñó y apuntó a Javiera. Leiva como pocas veces en su vida estaba decidido a disparar, pero, en ese momento, la pistola se soltó de sus manos y voló por los aires hasta quedar levitando, ingrávida, suspendida entre el vuelo y la quietud, ante la mirada de ambos. Él se preguntaba ¿Qué era aquello que estaba pasando? ¿Qué era aquello que intervenía para salvarla y salvarlo a él también de ser un asesino? ¿No era esa pistola, vuelta contra su propia voluntad, un gesto de abandono a sí mismo? Un arma flotando en la oscuridad, observada por su portador, que erradicaba en él el instinto homicida y lo reemplazaba por fragilidad y emoción. Una imagen sensible e imposible, de plena belleza y ligereza, capaz de quebrar la mente de las personas más incrédulas a lo misterioso, pues son aquellas mismas que han decidido creer en los relatos tradicionales del mundo. Entonces Leiva experimentó su anagnórisis. Que la pistola estuviera flotando, que él se estuviera quebrando, solo podía ser símbolo y significado del poder tras las palabras de esa joven. Aquella revelación, aquella imagen sacra en la que estaba participando se le fue revelada como un regalo, y la duda que siempre tuvo sobre las instituciones que había aceptado en su cuerpo fueron también

confirmadas. Aquella verdad le hizo experimentar pena; sintió la refundación de los cimientos de su persona y se vió como muy pocas personas se han visto, arrepentidas auténticamente. Javiera, en cambio, contemplaba el milagro que ocurría frente a sus ojos con profundo agradecimiento. En ambos, los ojos emocionados desprendían lágrimas que alimentaban la composición romántica de sus siluetas.

JAVIERA.- La mente humana es capaz de transformarse cuando ocurre lo imposible, cuando la lógica se tuerce y las leyes de lo real vuelven a escribirse. De ahí el poder de los milagros... ¿Me creerás ahora? ¿Comprenderás la fuerza de lo que está ocurriendo?

Leiva está completamente absorbido por la levitación de su arma. El miedo se le ha desvanecido, sustituido por la curiosidad ante lo desconocido, lo improbable, lo ilógico. Javiera lo mira fijamente. Ella también parece habitada por una certeza nacida de una probable providencia, de ese algo que cayó en los cerros de Talcahuano.

JAVIERA.- En la universidad me di cuenta que las descripciones de la historia de la humanidad parecen verdaderamente un cuento. Hay muchos intelectuales que se preguntan: ¿qué son realmente los mesías? ¿Qué serán esas personas que, en ciertos momentos, pudieron encauzar procesos radicales, guiar a pueblos e instaurar espiritualidades? ¿Y por qué parece que son cíclicos? ¿Cuándo volverá a aparecer un mesías? ¿Y cómo será esta vez? ¿Será una mujer? ¿Será una influencer en vez de un carpintero? ¿Será una estudiante en vez de un médico? Muchos salvadores ya fueron militares.

Súbitamente el arma de Leiva cae al suelo. Sepúlveda y Matías vuelven a ser vistos, como si el tiempo hubiera quedado detenido en ellos mientras ocurría la epifanía del sargento Leiva.

JAVIERA.- No son solo tres horas diarias en el celular, Marcelo. Es el fin de la instrumentalización del ser humano. El cautiverio de los sentidos. La captura del pensamiento crítico. Nunca en la historia fue tan fácil para el rico influir tan directamente en nuestras aspiraciones. Hoy basta con tener dinero para meterse en las pantallas de todos. Los jóvenes que recién inician la búsqueda de sentido en sus vidas aprenderán a torcer sus ambiciones para parecerse a la imagen que proyectan de sí mismos. La próxima década estará a merced del sadismo del contenido, de la superficialidad de las identidades y del olvido de lo que no es inmediato. La revolución nunca había sido tan difícil, tan periférica, tan algorítmicamente improbable.



S. LEIVA.- ¿Quiénes son ustedes?

JAVIERA.- Somos de tu clase, que no se te olvide. Mucho tiempo se ha relativizado esa unidad.

S. LEIVA.- ¿Qué quieren de mí?

JAVIERA.- *(por un momento vuelve su anterior personalidad, más nublada y menos certera)*

No lo sé, no lo tengo claro. Solo pasó, lo sentí. Sentí que tenía que venir a sacar a mi hermano de la comisaria, que obvio que por maricón y comunacho lo estaban discriminando.

MATÍAS.- *(a él también le ocurre la interrupción del trance)* Yo tampoco lo sé, solo sé que hace un mes que ya no puedo ocultar más como me siento. Me importa un pico lo que piensen mis vecinos del cerro. Cuando salí a predicar, más maricones como yo se unieron a mí porque sentían lo mismo.

JAVIERA.- No tenemos un claro mesías.

MATÍAS.- No lo queremos.

Sepúlveda trae un vaso de agua en sus manos dándole una importancia casi sagrada a tal reliquia líquida.

MATÍAS.- Algo cayó en Talcahuano.

JAVIERA.- *(nuevamente con certezas en su decir)* El agua que corre por los ríos es la misma que hace millones de años. No se gasta fácilmente ni desaparece como materia; solo cambia de lugar, de estado y de recipiente. Ni con el vómito ni con la orina se arruina. Simplemente debe evaporarse, condensarse, filtrarse y volver a dejarse correr. *(Javiera toma el vaso con agua y se lo acerca a Leiva)* ¿Qué cambió esta vez en ella que nos da esta claridad?

Leiva mira el vaso con muchas preguntas, desconfiado, recordando varios juramentos de su pasado que le revuelven la mente.

S. LEIVA.- ¿Qué fue lo que cayó?

MATÍAS.- No lo sabemos. Solo sabemos que fue la causalidad de todo esto.

Javiera acerca el vaso más a Leiva.

C. SEPÚLVEDA.- Perdóname por apuntarlo mi sargento. Sentí que tenía que hacerlo y ahora entiendo por qué sentí lo sentía.



JAVIERA.- El destino no es el futuro, son las causas del presente que no han sido desarrolladas aún. ¿Sientes tú lo que debes hacer?

S. LEIVA.- Siento muchas cosas.

JAVIERA.- ¿Y qué sientes por Chile? ¿Qué sientes que debes hacer por él?

Leiva mira por última vez el vaso y finalmente toma un trago. Cierra los ojos y todo alrededor desaparece. El agua cambió y el agua lo cambió, a él, al sargento. Toda la geografía está sedienta y rota. Por primera vez, el paco Leiva, el paco sargento, logró ver desde dónde realmente vienen sus dolores. Expuestas son las entrañas de sus propias miserias. Son los cerros que buscan vengarse. La gente de los cerros que se mata y se ama, y nacen y nacen en el Hospital Higuera, en el Hospital Naval. Nuevos habitantes del puerto, nacidos del sacrificio de los mares y la industria. Trabajadores. Benditos trabajadores, abandonados por la iglesia y el estado, sacrificados por los militares, y esclavos a sueldo de los ricos. De esos que no viven en Talcahuano, que nunca han vivido en las comunas pobres. Leiva abre los ojos y su mirada se enfrenta a su alrededor con certezas. Siente y sabe lo que debe hacer. Sale de escena.

3ª ESCENA: LEVÍTICOS, RICOS Y CUICOS (A DOS VOCES)

No hay ricos ni cuicos en Talcahuano, los ricos reales se van a Concepción o a San Pedro de la Paz,
y en todas las ciudades de Chile pasa lo mismo.

¿Pero por qué no hay ricos en Talcahuano?
Y en su lugar, gárgolas pastabaseras, evangélicos totalitarios,
o maricas revolucionarias.

Es el puerto y la maldición de sus rutinas.

El mar es siempre el fin de todo, el abismo líquido, el hiper-objeto,
que paga como pagan las industrias, hartó y de una.

El vicio de la plata, que alimenta la heterosexualidad, y la reviste de fracaso, de atraso, de ineficacia, la quiebra, la despidió y crea ruinas caminantes.

Que mueren olvidados una noche cualquiera en el puerto,



En el Talcahuano indigente, en el puerto pobre y seco.

**El puerto y los ricos no van juntos,
Ellos no quieren vivir en el terminal de todos los insumos,
en la siderurgia industrial, emisora de contaminantes,
desolladora de cerros,
articuladora de políticas paliativas.**

**Los ricos no quieren vivir en la zona de sacrificio,
en la zona de gárgolas,
De alto desempleo e informalidad,
De bonos, de planes de recuperación,
De empresas que quiebran,
Talcahuano Huachipato,**

**Además, en Talcahuano no hay playa,
no hay dónde tomar el sol.
No como en Tomé, como en Dichato, o en Pingueral.
O en San Pedro de la Paz que hay laguna y río,
y están los buenos colegios, los buenos servicios,**

**Talcahuano es evitable,
Es preferible abstenerse y comprar en otra parte.
Pues la comuna en la que vives es tu patrimonio fluctuante,**

Díselo a Coronel,

Díselo a Lota,

Díselo a La Pintana, a Penco, a Lo Espejo,

A Limache, a Padre las Casas, a Alto Hospicio.

**Chiches de matinal,
de portada de diario sensacionalista,**

**Chile reality pobre,
Chile vómito
vómito de agua,
mea culpa,**

**Talcahuano homicidio, portonazo.
¿Por qué vivir en donde se escribe de miseria?**



**No tiene sentido para quienes pueden decidir no hacerlo,
por eso los ricos de Conce se fueron a San Pedro, al otro lado del río.
A construir casas alrededor de las lagunas.**

**Esa es la diferencia entre ricos y pobres,
el material de las casas, su ubicación,
de lo que están hechas sus terminaciones.
Sus vistas paradisíacas.**

Paisajes y horizontes desiguales.

**Talcahuano sin ricos.
Algo cayó en los cerros.
Última esperanza.**

SEGUNDA NOCHE: SAN PEDRO DE LA PAZ.

4ª ESCENA: NÚMEROS DE CHILE

La escena ocurre en una casa de ricos en sector Andalué del cerro San Pedro que se ubica entre las dos lagunas con una vista privilegiada a ellas. Andalué es una boutique permanente con buenas terminaciones, seguridad privada y altos estándares de calidad de vida. Las Condes y Vitacura, pero de Concepción. Con construcciones sólidas en las que no se ve madera ni zinc, si no es como revestimiento decorativo o una imitación autóctona. En la casa está ocurriendo un carrete, entonces se nota la plata: hay mucho copete, mucho auto caro, mucha camioneta de treinta o cuarenta millones de pesos estacionadas afuera. Hay droga de buena calidad y los cuerpos que participan en esta fiesta son distintos a los que vimos antes. Como si su historia biológica los atara a la representación física de sus privilegios y los de sus antepasados. Hay mucha gente bonita, mucho gimnasio, mucha clínica privada. La escena pasa en la terraza del patio junto a la piscina en unas reposeras de mimbre de algún diseñador cuico también. En ellas se encuentran descansando Esteban y Timmy que han salido de la fiesta para tomar aire, y discuten en una charla de borrachos bastante decadente. Adentro la música suena fuerte, pero ellos logran articular una conversación en la que a ratos deben gritarse un poco para escuchar al otro.

ESTEBAN.- ¡Habiendo tanto tema weón! ¡Qué lata!

TIMMY.- ¿Qué tiene?



ESTEBAN.- Las cosas tienen que darse no más.

TIMMY.- ¿Cómo tienen que darse?

ESTEBAN.- Tienen que darse. No es forzar a que la cosa pase.

TIMMY.- Entonces no quieres.

ESTEBAN.- No es que no quiera. Es que me cargan las weás forzadas.

TIMMY.- ¿Qué es lo forzado?

ESTEBAN.- ¡Ponerse a la buena po! Igual que cuando dos cabros chicos se sacan la chucha y después los papás les hacen darse la mano.

TIMMY.- ¿Tú crees que no deberían darse la mano?

ESTEBAN.- No. No deberían. Es obvio.

TIMMY.- ¿Por qué?

ESTEBAN.- Porque no es real. Real es pegarse y sacarse la chucha.

TIMMY.- Pero eso no es lo que los papás quieren para sus hijos.

ESTEBAN.- Pero es lo real po. Cuando uno se pone a la buena con otra persona es porque algo pasó para que se pusieran a la buena. No hay que fingirlo ¿Por qué tenemos tanto miedo a odiarnos?

Timmy aprieta sus manos, se muerde los labios y se toca los codos intentando liberar la incomodidad que le generan las palabras de Esteban. A Timmy le cuesta gestionar una respuesta más sutil a las expresiones que considera agresivas.

ESTEBAN.- ¿Por qué po? Dime ¿Por qué tenemos tanto miedo a odiarnos?

TIMMY.- No sé.

ESTEBAN.- Si sabí. No te hagai el weón.

TIMMY.- Porque es una paja andar peleando con la gente. No sé, yo no odio.



Un adolescente zorrón en la fiesta se prende mucho con el cambio de canción que acaba de ocurrir y desde adentro se escucha un “¡eh! ¡eh! ¡eh!”. Nada de eso desenfoca la conversación, pero sí la inviste de una ambiente de contradicción permanente, como si cada cosa que pasara en la fiesta contrastara con el debate en niveles mucho más profundos que solo los que propone el diálogo entre ambos.

ESTEBAN.- De aonde weón. ¿Cómo no vai a odiar a alguien weón? Siempre hay alguien desagradable que te cae como el pico.

Timmy lo mira como indicando que él es esa persona en este momento. Un reflujo afecta a Esteban, que amaga un vómito. La curadera interrumpe la intensidad de su debate y el joven vacila un poco con su cuerpo.

ESTEBAN.- ¡Oh weón ya! Yo toy hecho pico. Es mi sexta o séptima piscola. Como que a ratos siento que voy a vomitar.

TIMMY.- ¡Ya no po weón! No te pongai a witriar acá. Qué ordinario. Qué asco.

ESTEBAN.- ¿Witriar? ordinario vo, y ¿qué tanta weá? Si al final el vómito es pura agua. Agüita con bilis. A la piscina mejor.

TIMMY.- ¡Ya no po weón! La mía también es como la sexta piscola y mírame, estoy playa. Y no cambies de tema po weón. ¡Nada que ver lo que dices! Es muy enfermo tu pensamiento culiao, muy republicano.

ESTEBAN.- Pero si vivimos en la república de Chile... además no me digas que no te cae nadie mal.

TIMMY.- No. ¿Pa que calentarse la cabeza con weás?

ESTEBAN.- Ay, me carga la gente como vo weón. Que te crees oye. Yo te odio.

TIMMY.- Weá tuya.

ESTEBAN.- (ríe) Toy weándote porsiacaca. No te odio, pero me carga esa superioridad moral culiá.

TIMMY.- No es superioridad moral weón, es no que no quiero andar mal en mi vida. No quiero odiar.

ESTEBAN.- Viste, ahí, la superioridad moral típica de la izquierda



TIMMY.- ¿Qué tiene que ver la izquierda?

ESTEBAN.- Diciendo que no odiai a nadie, pero igual te cargan los cuicos.

TIMMY.- Como me van a cargar, si yo mismo soy uno. Algunos cuicos me cargan.

ESTEBAN.- *(se burla)* Ay, jella! La cuica consciente. ¡Los odias, reconócelo! ¡Te odias a ti mismo!

TIMMY.- No los odio, yo no odio a nadie.

ESTEBAN.- Ya pero en el estallido. Te apuesto que cargaba la gente que pedía paz.

TIMMY.- Pero es que esa gente es la más falsa.

ESTEBAN.- *(burlándose)* Dale, ser superior. El más verdadero.

La mampara que da a la terraza se abre y de ella salen dos hombres jóvenes con evidente cuerpo de rugbista, o sea una prominente y brutal musculatura. Se ubican más cerca del patio y no interactúan con Timmy y Esteban, que siguen discutiendo.

TIMMY.- No es superioridad moral weón, es que hay que darse cuenta del dolor que pasa la gente con este sistema culiao. La gente que pide paz es porque no lo sufre, en realidad son puros weones que se están salvando solos.

ESTEBAN.- Como los flaites que roban y saquean weás. Siempre hay de esa gente que se salva sola. Ahora están estos gays que están bajando de los cerros de Talcahuano a dejar la cagá, de puro odio. Te apuesto que roban y se salvan solos, ¿o tu creí que van a donar las weás a la fundación Iguales?... Mi viejo dice que a ese tipo de persona hay que puro pitiárselos porque no van a cambiar.

TIMMY.- No es lo mismo weón. Los flaites no entienden lo que pasa.

ESTEBAN.- Ya ok. *(irónico)* Si claro. No entienden nada los pobeuchos.

TIMMY.- Los que piden paz, piden paz para seguir viviendo como viven.

ESTEBAN.- ¿Qué tiene eso?

En una mesa contigua los dos jóvenes rugbistas comienzan a jalar cocaína. Timmy al principio se les queda mirando, pero por las ganas de no incomodar, continúa la conversación como si nada estuviera ocurriendo frente a él.



TIMMY.- Mientras la señora Juanita se levanta a las 5 de la mañana en Lota, se viene en una micro llena para entrar a las 8 a hacerle el aseo a una vieja cuica que no le paga ni imposiciones, y que las rutinas de su mañana son tomar desayuno con alguna amiga, hacer yoga o ir a la estética por un tratamiento de la cara. ¿Te parece justa esa weá?

ESTEBAN.- Weón esa es muy mi mamá.

Uno de los rugbistas se pega un saque tan fuerte que llega a gritar “¡Ohhh conchetumadre!”, dice de fondo.

ESTEBAN.- Entonces si odiai a alguien po, odiai a esa vieja cuica.

TIMMY.- ¡No weón! ¡No la odio! Odiar es una palabra muy fuerte. Le tengo pena.

ESTEBAN.- *(nuevamente burlándose)* Ya viste... dale, ser superior.

TIMMY.- No es superior, es un pensamiento de izquierda.

ESTEBAN.- y los de derecha somos weones.

TIMMY.- No estoy diciendo eso, tengo amigos de derecha. Lo que me molesta de la derecha es que están demasiado atrapados en defender que en la dictadura no la cagaron. Y eso hace que defiendan lo indefendible y que por una vendetta política terminen aprobando incluso cosas que ellos saben que terminan cagando al país solo por ir contra la izquierda.

ESTEBAN.- ¿Y tú crees que sí, que sí la cagaron en dictadura?

TIMMY.- Yo en lo que creo es en la reconciliación.

ESTEBAN.- ¿Qué reconciliación?

TIMMY.- La única que puede haber.

ESTEBAN.- *(muy extrañado)* ¿Cuál?

Timmy se queda mirando a Esteban, cara de incrédulo ante su pregunta.

ESTEBAN.- No le pongai tanto color. ¿Cuál es la reconciliación?

TIMMY.- Que todos los milicos que saben dónde están los desaparecidos lo digan. Que por fin esas madres que llevan 50 años esperando puedan enterrar a sus hijos.



Uno de los rugbistas está tan duro, que comienza a golpear una pared de la casa, pero como está hecha de materiales sólidos no se daña ni tampoco retumba tanto. Sin embargo, Timmy no puede dejar de expresar su incredulidad ante la acción del chico. Esteban, en cambio, no se inmuta.

ESTEBAN.- ¡Qué ingenuo! Esa weá no va a pasar nunca weón. Asúmelo. Deja de llorar. No podí obligar a que la gente piense como tú y hay un montón de gente, incluido yo, que piensa que esos militares son héroes. Que esos desaparecidos ocurrieron en un contexto de guerra. Porque lo que hicieron los militares fue salvar a Chile de ser Cuba y salvarnos de una guerra civil. Que esos desaparecidos ocurrieron en un contexto de guerra ¿O me vai decir que no íbamos a ser Cuba?

TIMMY.- Qué importa eso. No puedes argumentar sobre algo que no pasó. Lo que pasó es que hay gente que no aparece, familiares que sufren hasta el día de hoy sin saber, miles de torturados...

ESTEBAN.- ¡Todo el mundo sabe esa weá ¡Si todos los años hacen esas procesiones culiás, y prenden velas y van a decir poemas al cementerio! ¡¿Cómo es ese poema?! **(remeda el tono de Raúl Zurita)** ¡Aquí está mi amor y se quedó pegado a las rocas, al mar, a la montaña! ¡Pegado a mi pichula quedó! **(levanta el puño derecho en el aire)** ¡Ahora y siempre! **(ríe a carcajadas)**

TIMMY.- Eres un monstruo.

ESTEBAN.- La mayoría de Chile lo es entonces porque según las encuestas y las votaciones la mayoría de la gente piensa como yo. La weá que tú no entiendes es que hoy, a la gente no le importa quién se murió y quién desapareció. Tampoco le importa la vieja que está llorando por un hijo muerto hace 50 años con una foto en blanco y negro. Ya fue. Tienes que aceptarlo, si no vas a seguir perdiendo elección tras elección.

Los dos rugbistas se golpean entre ellos jugando. Se empujan para luego golpearse muy duro en el pecho, casi como si fueran gorilas y aquellos combos ponen muy incómodo a Timmy que los mira de reajo, pero a su vez también debe gestionar la sensación de agresividad que siente por el discurso de Esteban, el cual le parece más horroroso incluso.

TIMMY.- ¿Cómo puedes tener tan poca empatía?

ESTEBAN.- No toda la gente que murió eran blancas palomas.

TIMMY.- No, ya ... es demasiado. No sigas porfa... tu nivel de violencia es demasiado.



ESTEBAN.- Hubo excesos, como eso de los ratones por la vagina. Sí, es de enfermo eso, no lo niego. Pero lo que estamos discutiendo aquí es que tú no quieres aceptar, que alguien pueda odiar a alguien tanto, como para que quiera que se muera esa persona. ¡Qué es lo más humano al final! Estoy seguro de que si esos maricones de Talcahuano que están protestando ahora y que bajan en masa a molestar a sus vecinos, si ellos pudieran llegar para esos condominios nos querrían arrasar. No lo dudo ni un poco.

Los dos rugbistas se dan la mano y luego se abrazan mientras graban una historia para instagram, celebrando drogarse juntos, celebrando su amistad, su juventud y su jarana. Mientras Timmy habla, le dejan un poco de cocaína en la mesa a Esteban.

TIMMY.- Yo no estoy diciendo eso. *(los rugbistas le ofrecen un poco a Timmy)* No, no quiero gracias. Estoy empatizando con una mamá que le hicieron desaparecer a su hijo hace 50 años y aún no sabe nada de él. Ningún dato. Que tiene que vivir día a día en la incertidumbre.

Esteban jala un poco y continúa discutiendo.

ESTEBAN.- Qué latero. Te pasaste. Si no pasaba esa weá iban a morir otros. ¡Oh que está buena esta weá!

Los rugbistas entran a la fiesta y Timmy y Esteban quedan solos en la terraza.

TIMMY.- Te escuchara la Sofi.

ESTEBAN.- ¿Qué tiene que ver la Sofi?

TIMMY.- Nada.

ESTEBAN.- ¡¿Pero qué tiene que ver la Sofi?!

TIMMY.- Nada weón.

ESTEBAN.- ¿Y pa que la mencionai?

TIMMY.- Da lo mismo. Eres un insensible.

ESTEBAN.- ¿Pero por qué insensible? ¿Tú crees que yo no puedo llorar por una mamá a la que le matan a un hijo?

TIMMY.- No parece po.



ESTEBAN.- Bueno, escúchalo ahora mejor. Sí, sí puedo. No soy un monstruo ni un asesino. Solo tengo perspectiva.

TIMMY.- ¿De qué weón? ¿Qué perspectiva justifica las weás que estai diciendo?

ESTEBAN.- ¡Estai implícitamente defendiendo que Chile fuera Cuba!

Al parecer los rugbistas fueron al equipo de audio y subieron el volumen de la música a tal punto, que incluso Timmy y Esteban, que están afuera, deben gritarse al oído para poder escucharse.

TIMMY.- (grita) ¡¿Qué Cuba?! ¡Aweonao! ¡Allende fue elegido democráticamente y los milicos se cagaron en todo! ¡Mataron, torturaron y violaron a destajo y después se escaparon de la justicia!

ESTEBAN.- (intenta no gritar, sino subir la voz junto al oído de Timmy) ¡La izquierda también mata!

TIMMY.- (grita) ¡Muchos murieron cagados de la risa en mansiones culias hechas de la plata que les dio la dictadura!

ESTEBAN.- (nuevamente intenta no gritar para responder) ¡La izquierda también mata!

TIMMY.- (grita) ¡Lo que estoy defendiendo es la puta y esquiva justicia en una weá tan humana como tener empatía con las madres de los desaparecidos! ¿Cómo podí tener la mente y el corazón tan chico pa no entender?

ESTEBAN.- Ya te dije que hubo excesos y los que hicieron esas weás tienen que pagar, eso está claro.

La música se apaga de golpe y escuchamos el ímpetu de Timmy salir de todo su cuerpo con mucha rabia.

TIMMY.- ¡NO WEÓN, CLARAMENTE NO ESTÁ CLARO PARA TI!

Esteban lo mira extrañado, pero entre su propia borrachera, solo le hace un gesto para que se relaje un poco.

TIMMY.- (aún ofuscado) ¡Recién les estabas diciendo héroes!



ESTEBAN.- Sí, lo sigo pensando. Héroes en su justa intención de evitar un gobierno marxista. Pero insisto, reconozco que a algunos se les pasó la mano.

TIMMY.- No puedes argumentar con algo que no pasó. Aquí no se instaló nada.

ESTEBAN.- Ya, pero se sabía pa donde iba todo...

TIMMY.- (*grita nuevamente visiblemente emocionado*) ¡NO, NO SE SABÍA NADA! ¡Nunca te voy a conceder esa weá, no puedes opinar y justificar sobre algo que no pasó, cuando lo que REALMENTE pasó fue horroroso!

ESTEBAN.- Ya, pero no te pongai a gritar. Mi viejo dice que no vale la pena conversar de estas weás, si sabemos que nunca vamos a estar de acuerdo.

TIMMY.- Nunca.

ESTEBAN.- Me odiai.

TIMMY.- Yo no odio a nadie.

ESTEBAN.- No te creo.

TIMMY.- Me da igual.

ESTEBAN.- Te picaste.

TIMMY.- Está weá no se trata de eso.

ESTEBAN.- Se trata de odio. Me dijiste aweonao y además por nada metiste a la Sofi.

TIMMY.- Ya sí, eso fue nada que ver.

ESTEBAN.- Claro po weón. Es de poco hombre eso de meter a las minas.

TIMMY.- Es que eres un insensible para ellas.

ESTEBAN.- ¿Por qué dices para ellas weón? Toda tu mierda del marxismo se trata de odio de clases, de odiar a los ricos, a los milicos, a los asesinos, a todos los que no son tan bondadosos y empáticos como ustedes.

TIMMY.- Ya sí, ganaste. No quiero hablar más.



ESTEBAN.- Viste, te picaste. Argumenta po weón. Yo creo que un sistema que privilegia el individualismo de la gente termina siendo mejor para todos. Así lo ha demostrado la historia y la razón es que la gente es individualista. Corta.

TIMMY.- Si ganaste te estoy diciendo.

ESTEBAN.- Nadie me va a sacar de esa idea weón y no por eso soy menos sensible o weas. Los países comunistas terminaron con millones de muertos ¿por qué?, porque en el fondo no puedes ocultar la naturaleza individualista del ser humano. ¡Para qué estamos con weás! Así ocurrió la historia... Y si al final mi argumento me hace un monstruo para ti, por ser empático con los millones de chinos, rusos, vietnamitas y camboyanos que fueron asesinados por el comunismo, más que con los dos mil o tres mil chilenos muertos, tirados al mar o al desierto por Pinochet, lo seré: seré un monstruo. Pero al menos, en términos estadísticos, no soy el menos empático.

TIMMY.- Ganaste weón.

ESTEBAN.- No se trata de ganar. Picao culiao. Si me querí odiar por pensar así, weá tuya... Ojalá pudiera traer a las millones de mamás de los asesinados por los comunistas y llenar con ellas todas esas conmemoraciones que hacen los comunistas el 11 de septiembre, para que todos ustedes pudieran ver realmente lo hipócrita que es su ideología. Ojalá pudiera llenar las velatones de familiares detenidos desaparecidos, esos que son orgullosamente de izquierda, llenar de chinas, camboyanas, rusas; puras mamás de hijos asesinados por el comunismo. Y que miraran a los ojos a las mamás de los detenidos desaparecidos y les dijeran: ¡A mi hijo también lo mataron! ¡Lo mataron los comunistas que usted defiende! ¿Por qué no prende una vela por mi hijo? ¿Por qué no le cantan también a mi hijo? Y ojalá las mamás chinas pudieran bailar la danza del dragón sola al lado de la vieja que baila la cueca sola.

TIMMY.- Qué enfermo eres.

ESTEBAN.- Que enfermo tú, que eres insensible ante esas madres chinas, camboyanas... rusas. Insensible e hipócrita.

TIMMY.- Ya, no quiero hablar más.



ESTEBAN.- Insensible e hipócrita. En tu cara. Y cuando no hay más argumentos, se la dan de superioridad moral. Que los fachos somos asesinos insensibles. ¡Las mamás chinas, las mamás camboyanas, anda a construirles un museo de la memoria a sus hijos también po! ¡Barsa culiao!

TIMMY.- A ti ni te importan esas mamás. Lo haces por empatar.

ESTEBAN.- ¿Empatar? Ojalá fuera por empatar, pero son millones de personas y aquí en Chile fueron como tres mil personas no más. Nunca van a empatar. Asume que podí estar equivocado weón.

TIMMY.- ¡Cállate, culiao! ¡Son procesos históricos distintos! ¡Tai puro mezclando weás! ¡No estoy defendiendo los crímenes del comunismo! ¡No soy comunista! ¡Mírame, weón! ¡¿Cómo voy a ser comunista si soy un cuico igual que vo, y me estoy tomando un copete en esta casa culiá?! ¡Y, weón, ningún chino, ningún camboyano o ruso muerto puede ser una justificación pa lo que pasó en la dictadura, enfermo culiao!

ESTEBAN.- ¡Enfermo culiao vo, que no podí entender que haya gente que piense distinto a vo! Yo soy honesto y puedo reconocer que odio gente. Odio a los izquierdistas que se creen superiores y que, en realidad, son igual de mierdas que todos. Lloran por algunas muertes, pero si matan a un paco, celebran. Se murió Piñera, celebran. Pero después... nooo, yo no odio a nadie. Los derechistas son pura fake news. ¿Sabí cuál es la fake news más grande? Que la izquierda ama al pueblo, cuando en verdad solo lo hace si el pueblo piensa como ellos. Y si no, facho pobre, que concepto más asqueroso weón. Hecho del odio.

Dos hombres muy hermosos y sexis salen a la terraza y se besan apasionadamente, se tocan de manera muy sensual, recorriendo mucho sus pieles. Se ve un poco del culo de uno de ellos. Parece no importarles que estén discutiendo al lado suyo, la calentura es mayor. Timmy los mira de reajo, pero continúa la conversación.

TIMMY.- Yo no odio a nadie weón. No puedo ni podría odiar.

ESTEBAN.- ¿Por qué?

TIMMY.- Porque es un agote... tiempo malgastado.

ESTEBAN.- Es lo más humano que hay.



TIMMY.- Eso siempre cambia.

ESTEBAN.- ¿Qué cosa?

TIMMY.- Lo que consideramos humano.

ESTEBAN.- Lo humano es lo que hacen los humanos.

TIMMY.- Sí y fue humano matar a otro para sobrevivir.

ESTEBAN.- Lo es aún. Si entrara un weón aquí a robar ¿tu creí que no tendríamos las ganas de matarlo? Salvar a los tuyos es humano, la historia está movida por el odio y el odio surge porque quieres proteger algo que amas.

TIMMY.- ¿Lanzar gente viva desde helicópteros al mar es humano?

Esteban no responde de inmediato. El silencio de su respuesta es llenado con algunos gemidos que nacen de la pareja homosexual que está detrás de ellos. Uno de ellos ha metido su mano en el culo del otro.

ESTEBAN.- Lo hicieron humanos iguales a ti, que querían proteger algo que amaban.

TIMMY.- ¿Proteger qué weón?

ESTEBAN.- Chile.

Timmy hace un gesto de vómito ante la declaración de Esteban. Pero no responde de inmediato, los gemidos aumentan, claramente uno de los chicos está tocando la entrepierna del otro. Esteban se gira hacia ellos, al verlos, rápidamente vuelve la mirada a Timmy y hace una expresión de rechazo con su cara. Los chicos gays se vuelven más intensos en su actividad sexual, y pareciera que uno de ellos llega al orgasmo. En ese momento Timmy y Esteban se quedan en silencio, de lo cual se percata la pareja, por lo que un tanto avergonzados vuelven a entrar a la fiesta y quedan nuevamente solos Timmy y Esteban.

ESTEBAN.- Esos se fueron al baño, seguro. Siento que hemos discutido demasiado weón. No sé qué quieres tú ¿Quieres que los ricos regalen su plata?

TIMMY.- Sí. Eso quiero. Eso me gustaría.

ESTEBAN.- Bacán po compadre. Comienza con la tuya.



La música de la fiesta cambia radicalmente y suena el jingle de la campaña presidencial de un candidato de ultraderecha.

TIMMY.- ¿Qué onda la música?

ESTEBAN.- Son los amigos del Thomas, que son full republicanos.

TIMMY.- ¿Thomas del Inglés?

ESTEBAN.- Sí. El Tommy Andrew, es primo del Martín Cáceres, el dueño de la casa y mi amigo.

TIMMY.- Si lo conozco, ¿Él puso esa música?

ESTEBAN.- No creo, los amigos del primo de mi amigo. Esos son del Alemán. Esos weones sí que son unos enfermos. Se van el volá con las weás que hacen. Uno de ellos es boxeador y el otro practica remo.

TIMMY.- ¿Pero por qué dices que son unos enfermos?

ESTEBAN.- Son los que fundaron ese como club de la pelea que tenían los de cuarto medio del Alemán en el que se sacaban la chucha después de clases.

TIMMY.- Qué mierda.

ESTEBAN.- Y el que practica remo también es brígido. Es hijo de un viejo que tiene cien propiedades entre San Pedro, Conce, Providencia y Las Condes. Cien propiedades po weón. Si la casa de él da directo a lado filete de la laguna. Pero, es gay parece el weón.

TIMMY.- ¿Es gay real?

ESTEBAN.- Dicen que le vieron el celu y tenía grindr.

Se corta la música del candidato ultraderechista y ahora suena una marcha militar, se escuchan risas dentro de la fiesta.

TIMMY.- Ya, que son weones. ¿Y tú ibas en el Inglés? ¿Eres primo del Gustavo?

ESTEBAN.- ¿Para qué haces como que no me conoces?

TIMMY.- ¿Qué?

ESTEBAN.- Jugamos como tres veces baby en las canchas del Venado.



TIMMY.- ¡Oh! No me acordaba, sorry. Sí es verdad.

ESTEBAN.- No te creo nada weón. Te apuesto que seguí enojado.

TIMMY.- No me enojo weón.

ESTEBAN.- A todo esto ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Esteban

Timmy no responde y se queda mirándolo a los ojos seriamente.

ESTEBAN.- Ya po, no te amurrí. Bro, jugamos baby juntos, conocemos a la Sofi y a la Maite en común, la estamos pasando la raja. Que tengamos diferencias en lo político no es nada, es una cosa pequeña.

TIMMY.- Timothy

ESTEBAN.- Timmy te dicen, ¿verdad?

TIMMY.- Sí, sí sabías mi nombre.

ESTEBAN.- En verdad sí. ¿Y por quién te llamai así?

TIMMY.- Por mi papá.

ESTEBAN.- ¿Es inglés?

TIMMY.- No, pero nació en el exilio.

ESTEBAN.- ¡Ahí estaba la weá!

ESTEBAN.- ¿Qué?

TIMMY.- Eres hijo de exiliado. Por eso piensas así.

ESTEBAN.- Mi papá es hijo de exiliado.

TIMMY.- Es lo mismo.

ESTEBAN.- ¿Y qué vas a entrar a estudiar?

TIMMY.- Comercial.

ESTEBAN.- ¿Dónde?



TIMMY.- En la del Desarrollo.

ESTEBAN.- ¿En serio? Buena perro, vamos a ser compañeros.

TIMMY.- ¿En serio? ¿Tú también? buena.

ESTEBAN.- Entonces tu cachai que como nuestros papás ganan más de 4 palos, pertenecemos al 1,9 por ciento más rico de la población.

Timmy lo mira extrañado.

ESTEBAN.- No me vai a decir ahora que tus viejos ganan menos que eso. Si por algo tai en esa U y estuviste en ese colegio.

TIMMY.- (molesto) ¿Te gusta sentirte escaso?

ESTEBAN.- Me siento afortunado Timmy. Que bueno que teniendo muchas posibilidades de ser un campesino culiao en cualquier parte de Asia o África, salí abc1 de Chile. Me reconforta no tener que trabajar tanto weón. Imagínate no tener auto y tener que esperar una o dos horas la micro que va a tu sector periférico, en Talcahuano, por ejemplo. Además, si no tienes plata, generalmente también eres más estúpido porque no pudiste educarte.

TIMMY.- Tai diciendo weás ya.

ESTEBAN.- Es verdad weón, eres weón porque te educas menos. Imagínate haber estado meses en paro o en tomas. O que tus compañeros sean medios pavos y que muchos del curso tengan caleta de inasistencias. Aprendes mucho menos. O que tus papás sean unos flaites que no sepan ni hablar. Me mato weón. Mi hermano dice que la suerte, es por haber tenido el abuelo que tuvimos. Yo soy un agradecido. De corazón. De hecho, gracias Timmy. Estoy un poco curao, pero agradezco tener una conversación así de profunda weón. Salud además porque ahora somos compañeros. La vida nos junta.

TIMMY.- Yo odio ser cuico weón. De todas las cosas que me podría haber tocado, qué mierda más grande ser consciente de que ser quien eres no es bueno para nadie.

ESTEBAN.- Qué pensamiento más bazofia.



TIMMY.- Podría haber nacido en tantos millones de planetas distintos y en cada uno ser alguien de la clase obrera, pero no, soy un pendejo que vive en San Pedro de la Paz, que estudió en el colegio más caro de Conce. Que pide pizza todos los sábados y se gasta 40 lucas de una.

ESTEBAN.- Ahh, pero es que yo era terrible cristiano también po weón. No podía tener culpa en esa weá. No podía tener culpa de ser cuico. Tení que pasarla bien.

TIMMY.- Tengo culpa de no haber nacido revolucionario. Tengo culpa por no tener ni siquiera el valor de irme de mi casa.

ESTEBAN.- Naaa. Nos tocó bien. Igual que ganas de haber nacido en el tiempo en que se pueda viajar a otros planetas a explorar y que sea una necesidad de la humanidad, onda que haya instituciones o empresas para irse.

TIMMY.- Sí, que haya tantos datos de la galaxia, que ni sepamos bien qué tantos lugares hay donde viven seres humanos y otros seres.

ESTEBAN.- Y el vivir se vuelva de nuevo una aventura.

TIMMY.- ¿Cuánto queda para eso?

ESTEBAN.- No sé...700 años.

TIMMY.- Menos, ahora todo es acelerado, podrían ser 200 si se descubre algo muy brígido.

ESTEBAN.- ¿Algo cómo qué?

TIMMY.- Algún tipo de energía que nos permita realmente cruzar más allá de la velocidad de la luz.

ESTEBAN.- Nada puede ir más rápido que la luz.

TIMMY.- Sí, pero algo que deforme el espacio, en el fondo algo que nos permita evadir que para cualquier destino cósmico requerimos una vida entera.

ESTEBAN.- Que fome nacer en el crucero interestelar y saber que perteneces a una generación que va morir en el crucero.

TIMMY.- ¡Oh, si weón, pero imagínate ser la generación del crucero interestelar que llega al planeta!

ESTEBAN.- Brígido. Imagínate hacer contacto con otros seres, con aliens.



TIMMY.- Brígido conchetumadre.

ESTEBAN.- ¿Ellos tendrán cuicos?

TIMMY.- Yo esperarí que, para cuando alguna especie se encuentre con seres extraterrestres, ya no tenga una sociedad de clases.

ESTEBAN.- Demás. Viste que si no hubieras sido cuico, ni cagando estai hablando de esto en un carrete. Estarías queriendo culiarte una chana con chasquilla.

TIMMY.- Que eri weón.

ESTEBAN.- Oye... ¿Viste que cayó como un meteorito o algo en Talcahuano?

TIMMY.- Sí, lo vi. Pero no vi que es. Parece que estaba contaminando las napas de agua.

ESTEBAN.- Cuando lo vi pensé, ¿en Talcahuano? ¿Pa qué weón? Mejor hubiera caído en San Pedro de la Paz. Te apuesto que hay mucha más gente aficionada a mirar el cielo, aquí que allá. Qué desperdicio de incidente cósmico.

Sale de la fiesta y entra a la terraza la Sofi, muy ebria. Ambos la ven y se dan cuenta de su estado e intentan ayudarla, pero antes de que puedan acercarse, la Sofi vomita tras una de las reposeras de diseñador. Timmy le agarra el pelo y Esteban le pasa unas servilletas que estaban sobre la mesa de centro de la terraza. Sofi vomita un par de veces más. Esteban comienza a gritar.

ESTEBAN.- ¡Eso Sofi! ¡Vomita no más! ¡Dale no más! ¡La estamos pasando la raja! (*grita*) ¡C-H-!! ¡L-E! ¡CHI, CHI, CHI! ¡LE, LE, LE! ¡VIVA CHILE Y PINOCHET!

TIMMY.- (*molesto*) ¡Para un poco!

Timmy ayuda a Sofía a sentarse en una reposera. Vomitar le permitió recomponerse.

SOFI.- Toi pa la cagá. Que rota weón. Andar vomitando casas ajenas.

ESTEBAN.- Witriando como diría mi compadre Timmy aquí.

SOFI.- (*los mira ambos*) Que bueno que ya se conocieron.

TIMMY.- Mejor que hayas vomitado amiga, con esto se te pasa.



SOFI.- ¿Interrumpí algo?

ESTEBAN.- Nada, aquí estábamos filosofando con mi compadre Timmy. Y su servidor esperando que se curen más las minitas, menos tú claro.

SOFI.- Ay que eres asqueroso Esteban. Yo quería que se conocieran porque ustedes son mega cabezones y esa weá es la raja.

ESTEBAN.- Con mi compadre Timmy pensamos la polis como dice mi viejo. ¿Oye y ustedes de adónde se conocen?

SOFI.- Su prima es la polola de mi hermano. Son del Inglés.

ESTEBAN.- Ah, o sea, ustedes son como concuñados una wea así.

SOFI.- Somos amigos. El Timmy también hace voluntariado.

ESTEBAN.- *(ríe)* Que son angelitos.

SOFI.- Tú igual Esteban, yo me acuerdo cuando ibas a TECHO. ¿Pa que te así?

ESTEBAN.- ¿Me estai diciendo bonito?

SOFI.- Tú le estai diciendo bonito al Timmy.

ESTEBAN.- Mi compadre es guapo, guapo, guapo.

Esteban se acerca a Timmy como para besarlo.

SOFI.- ¡Ay que son! Ya no sean gay porfa. No sean gay, que me muero.

TIMMY.- ¿Por qué? ¿Qué tiene?

SOFI.- Ya no Timmy, ahora no. No me wei porfa. Estoy muy ebria como para ponerme a discutir estas cosas ahora... ¿De qué estaban hablando?

ESTEBAN.- De política, de lo que hablamos los caballeros.

SOFI.- Ay ya, qué fome. Estamos en el carrete del Martín pasándolo la raja y ustedes hablando de eso. En volá en un rato nos vamos a Pingual.

ESTEBAN.- Buen after se sacaron los cabros.



SOFI.- El pololo de la Feña se sacó la casa pa que vieramos salir el sol en la playa. ¿O sea... ¿demasiado rico, no?

TIMMY.- ¿Cómo salir el sol en la playa? El sol sale para el otro lado.

SOFI.- Ay, no sé Timmy, eso dijeron.

ESTEBAN.- ¿Y cómo nos vamos?

SOFI.- Eso estamos viendo. Hay como dos jeeps y tres camionetas por el momento. Lo que no hay son conductores.

ESTEBAN.- ¿Y la comida?

SOFI.- Allá volvemos a pedir, son como 40 lucas por persona, considerando comida y bencina. Todos apañan adentro.

TIMMY.- Puta yo no sé.

SOFI.- Ay, ya que fome. Esteban convéncelo porfa. Y me dicen, porfa ya. Voy al baño.

TIMMY.- Toma agua amiga.

SOFI.- Ni cagando tomo agua en el baño weón.

TIMMY.- No te decía eso. En la cocina está lleno de agua Benedictino.

SOFI.- Ah ya. Avisen porfa. Para irme con ustedes.

Sofi se levanta de la reposera y sale de la terraza para volver a entrar a la fiesta. Timmy y Esteban se quedan una última vez solos y comienza a llover.

5ª ESCENA: DEUTERONOMIO Y FINAL

La música de la fiesta se vuelve a cortar abruptamente para esta vez no volver más. Por unos segundos reina el silencio, hasta que empiezan a escucharse disparos secos, repetidos, que resuenan como un metrónomo brutal contra las murallas de concreto. El material de la casa es tan sólido, tan aislante que apenas Timmy y Esteban se dan cuenta de lo que pasa dentro. Al principio sin mayor comprensión, como si fuera una broma, un chiste imposible. Pero los



gritos ahogados de terror genuino y la cantidad de percutaciones balísticas, dejan entrever la tragedia. Timmy y Esteban solo atinan a tirarse al suelo. Suenan algunos disparos más, y algunos gritos, cada vez más aislados, hasta que finalmente se vuelve a escuchar la lluvia.

La puerta corrediza del ventanal destrozado se abre lentamente. Timmy y Esteban experimentan un terror tan radical que les hace imposible moverse. Aparece el sargento Leiva, con la camisa ensangrentada, el rostro inexpresivo y un arma en la mano. Camina con calma por la terraza, hasta acceder al patio, y ponerse bajo la lluvia. Mira el pasto húmedo, respira hondo, y al girar se encuentra con Timmy y Esteban.

S. LEIVA.- ¿Cuál de ustedes dos es el hijo del gobernador?

Ninguno de los dos responde.

S. LEIVA.- No lo voy a volver a repetir. ¿Cuál de ustedes dos es el hijo del gobernador?

TIMMY.- Es él. Él es el hijo del gobernador.

Esteban logra ponerse de pie, tiene el pantalón orinado, y tiritita incesantemente.

ESTEBAN.- (*muy alterado y sollozando*) Puedo llamar a mi viejo si quieres, pero no me hagai nada.

El sargento Leiva no piensa demasiado y le dispara a quemarropa en la cabeza. Esteban cae muerto en el suelo de la terraza, junto a Timmy que aún está inmóvil. La lluvia sigue cayendo. Leiva se quedan mirando la escena, pero no tiene placer en su rostro, sino más bien nostalgia y una profunda pena que aparece por entre sus comisuras. Moja sus manos en la lluvia y se lava la cara, y también toma un poco de esa agua, para luego retirarse, pero cuando está a punto de salir por el umbral de la mampara, Timmy se levanta súbitamente.

TIMMY.- ¿Por qué no a mí?

Leiva se detiene y mira al chico. La lluvia arrecia sobre el cuerpo muerto de Esteban. El agua resbala por las paredes de concreto, se mezcla con la sangre en el suelo y forma pequeños riachuelos que descienden por las baldosas de la terraza. Leiva permanece inmóvil, respirando con dificultad. Timmy completamente quebrado, lo desafía desde su fragilidad.

TIMMY.- ¿Por qué no a mí también?



Leiva lo observa largo rato y luego mira la lluvia como si buscara una respuesta en el cielo nublado. Finalmente, habla, con una voz baja, rota, que se confunde con el golpeteo del agua.

S. LEIVA.- No sé. No lo siento no más.

Leiva camina hacia el umbral y desaparece en el interior de la casa. Timmy queda solo, empapado, el cuerpo de Esteban a sus pies. La lluvia lo cubre todo: la sangre, el vómito, los vidrios, los restos de la fiesta. Oscuridad.

Fin.